

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco, *Historia de la Lengua Griega. De los orígenes a nuestros días*. Gredos, Manuales, Madrid, 1999, 319 págs.

En el Prólogo el autor, el Académico Dr. D. Francisco Rodríguez Adrados, justifica la presentación de este estudio de una *Historia de la Lengua Griega*, porque el griego y el chino son las dos únicas lenguas que siguen vivas aún: «El griego no sólo sigue vivo, hoy, en Grecia, sino que tiene una segunda vida: su alfabeto, su léxico, su sintaxis, sus géneros literarios están presentes en todas las lenguas» (p. 9), después de tres mil quinientos años de existencia conocida.

La obra de Adrados sigue la tradición emprendida por Antoine Meillet, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque...* (1913¹, 1975²), O. Hoffmann-A. Debrunner-A. Scherer, *Historia de la lengua griega* (versión española de A. Moralejo Laso, 1973), Rolf Hiersche, *Grundzüge der griechischen Sprachgeschichte...* (1970), Leonard R. Palmer, *The Greek Language* (1980) y G. Horrocks, *Greek. A History of the Language and its Speakers* (1997), si bien hay diferencias sustanciales respecto a la perspectiva ofrecida por Hiersche y Palmer. La *Historia de la lengua griega. De los orígenes a nuestros días*, representa un avance considerable respecto a las historias anteriores, además de ser la primera obra de un profesor español que en esta parcela se publica.

Es un avance, por ejemplo, en su constante referencia a los datos que del micénico se han ido conociendo y del que destaca varias conclusiones: a) «El micénico es el dialecto griego de Creta, que luego fue llevado al Continente como lengua administrativa, ni más ni menos que la escritura; sin duda, los primeros copistas de allí procedían» (p. 52). O más adelante, tras analizar las características que el conocimiento actual ha permitido establecer, concluye: «Era, pues, el micénico un dialecto extremadamente conservador, sin apenas innovaciones propias... El micénico, forma burocrática del dialecto de Creta de fecha anterior a las tablillas del Continente, mantuvo un arcaísmo que sin duda ya no se daba en éste en la lengua hablada. Ésta tendría variantes [los llamados por el autor dialectos paramicénicos y comentados en pp. 61-62], que presagiaban los futuros dialectos del primer milenio. Una lengua oficial, arcaica, de origen lejano y añeja antigüedad, conviviría con los dialectos hablados....» Conclusión que le permite comparar la situación del micénico en la

segunda mitad del segundo milenio con la que tuvo el latín en la Edad Media con las lenguas romances (p. 55).

En cuanto a la lengua épica y lengua homérica, Adrados resume las teorías vigentes (pp. 55-57). De la primera cita las tres fases conocidas (aquea, eolia y jonia) y critica que en las teorías anteriores no se hable de los arcaísmos, dorismos y formas artificiales. Adrados entiende que la lengua homérica se formó de otra manera (p. 59), a partir de una lengua épica previa a la diferenciación dialectal, cuando se conservaban aún las labiovelares, no se contraían las vocales y subsistían diversos arcaísmos y dobles; había muchos rasgos del griego oriental no micénico y otros de los grupos jónico-ático y arcadio-chipriota. Su ubicación debió estar en Creta, desde donde se extendería a Asia y a la Grecia Continental.

Respecto a la formación y desarrollo de los dialectos del primer milenio antes de Cristo (eolio [tesalio y beocio], ático y jónico-ático, arcadio-chipriota y dorio), en la forma narrativa que ha adoptado el autor ofrece una explicación teórica distinta de la que sostenían Kretschmer y Tovar, en el sentido de que dichos dialectos se formaron a partir del año 1200 a. C., después de la catástrofe que representa el hundimiento de los reinos micénicos. Sería desde el siglo IX (p. 64) cuando esos dialectos, ya consolidados, se propagaron en coincidencia con los fenómenos de la introducción del alfabeto y la colonización griega del Mediterráneo.

Dato de especial relieve es el comentado en p. 65, cuando se indica que la batalla de Alalia en el año 535 a. C., cuando etruscos y cartagineses vencieron a los griegos focenses, supuso el cierre del paso de los griegos hacia el Mediterráneo Occidental, lo que tuvo una gran repercusión en la historia, literatura y mito griegos. El resto de este capítulo quinto repasa en detalle los rasgos de los dialectos del grupo Griego Oriental (jónico-ático, arcadio-chipriota, eolio) y Griego Occidental (dorio y griego del noroeste [focio y eleo]), las isoglosas unificadoras y las diferencias secundarias.

En los capítulos sexto a octavo se da una explicación de las lenguas literarias como lenguas generales (cap. VI) y particulares (cap. VII). Adrados llama lenguas literarias generales a aquellas que eran entendidas por todos los griegos en todas partes en los ambientes cultos; así, la épica homérica y posthomérica (pp. 89-99), la elegía y el epigrama (inscripciones en hexámetros y dísticos elegíacos, pp. 99-103), la lírica coral (pp. 103-112). Las particulares son el lesbio (lírica monódica), beocio (Corina) y siracusano (Epicarmo, Sofrón, Teócrito, prosa de Arquímedes, Pitagóricos, algunos sofistas, pp. 113-119); su valor consistiría en elevar al nivel literario unos dialectos locales nacidos para poblaciones muy concretas.

El capítulo VIII se ha dedicado al estudio del jónico y del ático, porque el autor considera que es el jonio del yambo la tercera lengua literaria general sobre una base dialectal. Sin embargo, hay algo en la redacción que no queda

suficientemente claro para el lector. La confusión se refiere a la clasificación de las lenguas literarias generales, cuando se afirma (p. 120) que «Este es el dialecto jonio, en términos generales, sólo que recibía un carácter literario con ayuda de epicismos no demasiado alejados de la lengua conversacional», afirmación que parece contradecir lo dicho en el capítulo sexto, cuando ha hablado de una tercera lengua literaria general, definida en este capítulo sexto como la lengua de la lírica coral. En uno y otro capítulos (VI y VIII) se está aludiendo, por una parte, a la lírica coral de Alcmán, Estesicoro y Píndaro, a la lírica popular y dramática (p. 103), que se caracteriza por su «dorio genérico», sus mínimos elementos continentales difíciles de definir, su falta de jonismos y sus elementos homéricos y lesbios. «En cambio, no se ha conservado lírica coral jonia ni eolia... Es posible que haya existido, en jonio cantarían Arquíloco sus dítirambos...» (p. 105). Por otra parte, en el capítulo VIII se afirma que «la tercera lengua general de los griegos, lengua literaria sobre base dialectal, es el jonio del yambo (p. 120). Se alude aquí al jonio de Arquíloco, Semónides, Hiponacte, Solón, la comedia ática (Susarión, siglo VI), ciertos cultos populares de Dioniso y Deméter, a la prosa jonia de contenido filosófico, histórico y médico (escritos hipocráticos más antiguos), así como al dialecto ático oral y escrito en prosa (presocráticos, Tucídides...). El lector tiene la impresión de que el rango de tercera lengua literaria general se atribuye a dos dialectos: por un lado, al dorio de la lírica coral en el capítulo sexto, por otro lado, al jonio y ático de la poesía yámbica y de la prosa jónica y ática en el capítulo octavo.

Quisiéramos apuntar una errata que impide la comprensión de lo que el autor quiere decir en el segundo párrafo de la página 105. Dice «Sobre ella hablaré en párrafos 162 ss.» El pasaje se encuentra en el párrafo 164, por lo que el «hablaré» no tendría sentido. Entendemos que el autor sí hablará más adelante de la «monodia lesbia», como parece lógico por el contexto, y no a la lírica coral de la que ya se está hablando. Es por esto que interpretamos que la referencia de párrafos se refiere a 176-179 (pp. 114-116), en los que se habla de la poesía de Alceo y Safo, de sus orígenes e influencias.

Al margen de estos dos puntos algo confusos en la redacción, la explicación del profesor Adrados es clara en cuanto se refiere a los dialectos jonio y ático en poesía y prosa, de forma que se comprende bien la conclusión propuesta (p. 157) de que el jónico-ático creara una prosa capaz de expresar «... todas las relaciones del pensamiento», y más aún, cuando dice que «se trata de una lengua abierta y flexible, capaz de aumentar o modificar su léxico y su sintaxis al servicio de todo el universo intelectual y científico.»

Hasta aquí la primera parte del libro. La segunda está dedicada a la *koiné*, su formación y relación con otras lenguas, al griego bizantino, a la influencia del griego en las lenguas europeas y al griego moderno. Son cuatro capítulos de especial importancia en los momentos actuales, cuando tanto interés se está poniendo en una Unión Europea que trata de integrar a sus pueblos y lenguas,

y donde la lengua griega constituye un pilar cultural esencial. El autor se ha esforzado en subrayar la actualidad del griego y su evolución histórica, así como la del latín, las influencias recíprocas de griego y latín y las influencias del griego en las lenguas europeas actuales. Destaquemos, entre otros, los apartados de los helenismos incorporados al latín hasta el siglo XII, o a las lenguas romances en la Alta Edad Media, o los latinismos incorporados al griego bizantino, etc. (pp. 224-249...).

En resumen, el profesor Rodríguez Adrados presenta en un estilo narrativo muy personal una secuencia de la lengua griega a lo largo de tres milenios y medio, con las conclusiones de numerosos estudios realizados durante su dilatada actividad académica. En este libro tienen cabida los orígenes, clasificación, desarrollo, diferenciaciones, agrupaciones, evoluciones e influencias recibidas y aportadas. El estilo narrativo elegido facilita la lectura a modo de una información sucesiva, cronológica, agrupando las citas de ejemplos y las referencias bibliográficas unas veces en el cuerpo del texto, abreviadas y entre paréntesis, otras veces, en párrafos separados y diferenciados gráficamente con un tamaño menor de letra, de forma que la idea principal de lo que va exponiendo quede claramente destacada. La estructura del libro se ha presentado siguiendo la que ya se hiciera en el manual de Hoffmann-Debrunner-Scherer: dos partes (del indoeuropeo al jónico-ático, y griego postclásico y *koiné*; completan abreviaturas, bibliografía e índices). Meillet había dividido en dos la primera parte (prehistoria del griego y lenguas literarias). La obras de Hiersche y Palmer se estructuran de manera diferente e incorporan otros contenidos y perspectivas.

Hay, pues, en este manual de Adrados no sólo una puesta al día en las teorías referentes al origen y evolución de la lengua griega desde el indoeuropeo, sino numerosas aportaciones personales en su interpretación de lo ocurrido en esa larga existencia del griego. Algunas de esas aportaciones ya habían sido adelantadas en estudios anteriores; ahora se ofrecen juntas y ampliadas, además de completadas con una bibliografía de veintisiete páginas. Con este libro podremos comprender mejor la lengua de Homero, Píndaro, Platón y Polibio, encontraremos una síntesis de los estudios sobre el micénico, otros dialectos griegos, lenguas literarias y fases de dispersión y concentración de la lengua griega. Pero el libro no es información sólo; numerosas reflexiones, dudas y sugerencias aparecen dispersas a lo largo de este estudio, de tal manera que la historia de la lengua griega queda por una parte interpretada y, por otra, como una cuestión abierta a futuras interpretaciones y reelaboraciones en función del mejor conocimiento que de los hechos se pueda ir adquiriendo. Es, por tanto, un libro de gran utilidad como manual universitario, de investigación, consulta y reflexión.